

# “Venerabilis barba Capuchinorum...”

El gran compositor Mozart, el músico de la vida corta, pero de melodías eternas, vino a parar cierto día a un convento de Capuchinos. Sin duda, fue allí huyendo del halago del mundo y de los salones imperiales a concentrarse un poco para poder, en aquel retiro, escribir alguna de sus misas, oratorios o antifonas. Por aquellos días debió concebir ese «Ave verum» que, en su sencillez, es un mar de espiritualidad y piadosa oración.

La víspera de su marcha, según cuentan, al Fray «Papilla» del convento se le olvidó llevar la colación a la celda que ocupaba, y tampoco le sirvió el desayuno. Y... ahí le tenemos al buen Mozart esperando, al amanecer, la diligencia que por allí pasaba, con sus papeles de música bajo el brazo, su inseparable maletín y... el estómago vacío. Durante todo el viaje no pudo olvidar a los frailecitos, y menos su ingratitud. Y entre el galopar monótono de los caballos, el vaivén de la vieja carroza y el hambre que iba «in crescendo»... vino la inspiración.

Al llegar a la primera posada, y mientras la hija del mesonero le preparaba la mesa, pidió recado de escribir y, afanosamente, compuso esa sátira musical que, en su juego de melodías y palabras, va juguetonamente repitiendo lo mismo en distintas tonalidades y armonización. Al terminarla, sonrió. Era, la venganza pueril del músico, venganza de alma de niño que, repitiendo un mismo nombre, cree zaherir y molestar, y que se ha hecho eternamente famosa como «las venerables barbas de los capuchinos»...

Hacía años que en Rentería no aparecían esas barbas, ni esos frailecitos, que como escapados de los lienzos del Greco o de Zurbarán, con su pardo y burdo sayal, su cingulo blanco y sus toscas sandalias, han irrumpido en nuestra vida moderna, donde el afán del trabajo, del ajetreo diario, de ese que-

rer vivir más aprisa, llegan a contrastar con el lento deambular del Her-



mano postulante, ese caminar pausado del viajero sereno, pero seguro de su destino. Todos los días pide su humilde limosna. Aquí, habla con el hombre de la calle de la dureza de la vida; allá, comenta con el labriego las rudas faenas del campo; a las madres les habla de sus hijos y deja a éstos que jueguen y tiren de su cordón. Siempre va pidiendo, pero, al mismo tiempo, va impartiendo, con su eterna sonrisa, la bendición de Dios.

En la vida de San Francisco se habla de su humildad, de su gran amor a Dios a través de todas sus criaturas, y el de Asís pensó que su amor era más grande a través de los hombres, y les hablaba y convivía con ellos, y, en su fantástica y divina locura, hablaba a la Naturaleza y a las flores, y predicaba a los animales y se dirigía a las aves... Y se volvía loco de alegría, porque veía en su noble y universal afán que todos, con sus oraciones, su aroma y sus trinos, formaban un maravilloso concierto que él, en su interior, se lo dedicaba al Supremo Hacedor.

La primera vez que fui a visitar la Residencia de los Capuchinos en Rentería, me sobrecogió un poco lo improvisado de la misma, su humilde acceso, su aparente pobreza. Me impresionó, eso sí, ese corpulento árbol de la entrada. Con sus frondosas ramas le da a todo un tono acogedor. Simula al gigante bueno de los cuentos de hadas que, inclinado un poco hacia el camino, parece estar invitando a entrar a todo el que por allí pasa.

En el jardín me acordé que todo estaba de acuerdo con «el loco de Asís»... Oía dentro rezar a los hombres; las pocas flores y plantas despedían un agradable olor; los pájaros cantaban en la enramada; y todos a una hablaban de Dios.

Entré en la capilla y, en medio de su desnuda sencillez, algo presbiteriana, vi allá, junto al altar, a un hijo de Asís que conversaba con un niño. Los dos, parecían una viva estampa de nuestro «Marcelino Pan y Vino». El Padre estaba enseñando al aturdido rapaz que abría unos ojos grandes, muy grandes, un Pesebre trazado por mano maestra, de un realismo impresionante, donde la Virgen, San José y los pastores, el buey y el asno, los pájaros, el arroyo y las plantas, todos, encerrados y enlazados en un marco por la mano de un artista genial, adoraban al Niño Dios.

Antes de salir, oré unos instantes y me fui con la grata impresión de que allí nada faltaba, porque aquel Pesebre era también, y seguirá siendo, una de las sublimes y geniales creaciones del Pobrecito de Asís.

RAMULEI  
del G. M. «URDABURU»

## Otros de don ALE

Una admiradora cargante telefoneaba un día a Bernard Shaw, y después de haberle prodigado mil ternezas, le preguntó cándidamente:

—En fin, querido maestro, ¿qué clase de mujer debe elegir un hombre inteligente?

—Un hombre inteligente no se casa jamás —respondió el maestro.

Convidado el Canónigo Ducaud a la mesa de la señora Rombaldi, le preguntó su anfitriona —Dios sabe por qué— si podía bautizarse con sopa a un recién nacido.

—Me hago cargo —respondió el eclesiástico—. Si usted, señora, pregunta si de un modo general puede bautizarse con sopa, le diré ¡¡NO!!; pero ¡¡SI!! sería permitido bautizar con esta sopa, a la que no encuentro diferencia alguna con el agua.